

P. João Batista Costa e Silva

Buenos Aires, 11 de junio de 2005

La Colaboración entre Ángel y Hombre en la Vida Espiritual

He aquí que Yo voy a enviar un Ángel

*Delante de ti, para que te guarde en el camino
Y te conduzca al lugar que te tengo preparado.
Pórtate bien en su presencia y escucha su voz;
no le seas rebelde, que no perdonará vuestras transgresiones,
pues en él está mi Nombre.
Si escuchas atentamente su voz y haces todo lo que Yo diga,
tus enemigos serán mis enemigos y tus adversarios mis adversarios.
Mi Ángel caminará delante de ti.”
Ex. 23,20-23*

Introducción

Cuando hablamos de la colaboración entre Ángel y hombre en la vida espiritual obviamente nos estamos refiriendo a la vida espiritual del hombre, a la necesidad que tiene este de perfeccionar su espíritu en sus relaciones con Dios, que es Espíritu en sumo grado, Ser espiritual no creado.

El Ángel también es puro espíritu, pero es un ser creado y no tiene la misma perfección que el Creador. El hombre, por su vez, es un ser compuesto de espíritu y materia y por consiguiente es menos perfecto que el Ángel. Sin embargo, tiene una alma espiritual y es capaz de realizar actos espirituales como pensar, recordar, amar, desear el bien o el mal, etc.

De entre estos actos espirituales que realiza el hombre en todos los ámbitos de su vida, destacamos las actividades propias de su ser religioso, como son la oración, la meditación, los actos de devoción, los actos de culto y así por delante. Recordamos aquí, nada más de paso, que la cuarta parte del Catecismo de la Iglesia Católica está orientada a la práctica de la oración y es toda ella un verdadero programa de vida espiritual.

En esta charla queremos lanzar un poco más de luz sobre el tema de la vida espiritual del hombre y lo queremos hacer bajo el punto de vista de la ayuda de nuestros hermanos mayores, los santos Ángeles. Para eso vamos a dividir nuestra ponencia en tres partes:

1. una breve caracterización de la vida espiritual del hombre,

2. la ayuda que los santos Ángeles nos pueden prestar en nuestra vida espiritual,
3. algunos puntos prácticos sobre la colaboración entre Ángel y hombre en lo que se refiere a la vida espiritual.

Hay que recordar ante todo que no es nuestra intención estudiar la vida espiritual de los santos Ángeles mismos sino la ayuda que nos pueden prestar en el ejercicio de nuestra espiritualidad. Pasemos sin más a la primera parte.

1. Breve caracterización de la vida espiritual del hombre

Como ser dotado de alma espiritual, el hombre tiende a buscar las realidades espirituales más elevadas como parte de su perfeccionamiento. Él tiene sed de lo espiritual. San Agustín, este grande maestro espiritual, nos enseña que la oración es el encuentro de la sed de Dios con la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él.¹

Esto explica porque el hombre es un ser curioso por naturaleza, porque se interroga sobre las causas de las cosas, porque estudia, reflexiona y desea superarse a sí mismo por medio de sus facultades más elevadas. Aquí hallamos también la explicación porque el hombre nunca está satisfecho con las realidades de este mundo material. Él sabe que su meta no se encuentra sino en la coronación de sus actividades espirituales de contemplar y amar, lo que le será concedido en la visión beatífica. Ora bien, ¿qué queremos decir cuando empleamos las expresiones “vida espiritual” o “la espiritualidad del hombre”?

Utilizamos estas expresiones para referirnos al conjunto de actos y procedimientos por los cuales el hombre cultiva una relación viva y personal con Dios, ya sea elevando su alma hacia Él o haciéndole sus promesas y votos o también esforzándose por hacerse semejante a Él, que desea ardientemente que el hombre sea santo, como Él, su Señor, es Santo (Lv 19,1).

Para realizar esta obra de perfeccionamiento del hombre el propio Dios le concedió un sin número de instrumentos, pues sabe que él por sí solo no es capaz de hacerlo. Tales

¹ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica n. 2560.

instrumentos son, a título de ejemplo, los santos sacramentos y las celebraciones litúrgicas, la meditación de la Palabra de Dios y de los misterios de la redención, los ejercicios piadosos y el uso de los sacramentales, las varias consagraciones, promesas o votos con los cuales uno se entrega más decididamente a Dios.

La vida espiritual del hombre encuentra su ambiente propicio en la liturgia de la Iglesia, o sea en el culto que la Iglesia, como cuerpo místico de Jesucristo, tributa a Dios. De ahí saca ella su alimento, de la mesa de la Palabra, de la mesa de la Eucaristía y de las demás fuentes de gracias presentes en su seno. En la liturgia, además, se verifica una ley fundamental que rige los pasos de la Iglesia aquí en la tierra: ella hace objeto de su fe a verdades que pertenecen al ámbito del culto (“lex orandi, lex credendi”), o sea lo que la Iglesia celebra en su liturgia tiene que hacerse objeto de la fe.

De esta manera el hombre puede con toda seguridad pasar por esta vida perfeccionándose cada vez más si persevera en el seno de la Iglesia. Ésta le ofrece además toda una “nube” de testigos que testimonian en su propia vida la eficacia de la oración y del esfuerzo de santificación por medio de la fe; ellos son los santos de todos los tiempos². Partiendo del testimonio de vida de los santos, la Iglesia nos presenta varios caminos de santificación, a los cuales llamamos también “espiritualidades” o “escuelas de espiritualidad” como son por ejemplo la escuela franciscana, la carmelita, la dominicana, la de los jesuitas, la de San Francisco de Sales, la espiritualidad monástica, la sacerdotal, la espiritualidad de los seglares, etc.

² Cf. Hb 12,1: “Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone”.

En ellas encontramos no solo la descripción histórica de la vida de los santos sino también sus escritos inspirados por la sabiduría del Espíritu Santo, sus máximas y consejos prácticos dirigidos a todos los que quieran llegar a la santidad. Se puede decir que hay santos y espiritualidades para todos los gustos: para niños, para jóvenes y ancianos, para solteros y casados, para clérigos y seglares, para obreros, patronos y todos los que se dedican a ejercer alguna profesión. Lo importante es que todas estas espiritualidades sean aprobadas por la Iglesia y lleven a los cristianos a una vida de mayor santidad.

Y nosotros que aquí nos reunimos para tratar el tema de una espiritualidad fortalecida por la ayuda de los santos Ángeles ¿qué queremos decir con esto?. ¿Se puede hablar de una espiritualidad “angelical”? Es lo que vamos a ver en el capítulo siguiente.

2. La ayuda que nos prestan los santos Ángeles en la vida espiritual

Desgraciadamente, pensarán ustedes, no hay en la Iglesia una espiritualidad marcadamente “angelical”, porque los santos Ángeles no fundaron ordenes religiosas, ni tampoco caminaron aquí en la tierra esparciendo sus palabras de sabiduría a los cuatro vientos y mucho menos se hacen visibles hoy en día a nosotros para facilitarnos la lucha contra el mal y el pecado en nuestro esfuerzo de santificación, como lo hicieron los santos. Afortunadamente no es así. Hay apariciones de Ángeles (como las de San Miguel en Francia, Italia y México) y hay también cofradías dedicadas a los Santos Ángeles, las cuales son capaces de ofrecernos un programa de vida espiritual bastante completo. Además de esto tenemos ejemplos sacados de la vida de los propios santos en su relación con los santos Ángeles. Por eso nos preguntamos

ahora ¿Cómo nos pueden ayudar los santos Ángeles en nuestro camino de santificación aquí en la tierra?

Partiendo del simple hecho de que los Ángeles son superiores en naturaleza a nosotros seres humanos y que ya son santos y se encuentran permanentemente en el gozo de la intimidad con Dios, nos damos cuenta que tenemos mucho que aprender con ellos. Una “espiritualidad angelical” en este sentido significa que *el hombre se puede beneficiar de la convivencia con el Ángel en la búsqueda de su propia santificación*. Aquí ya no hay fronteras, porque los Ángeles son como que “neutrales”, no pertenecen a ninguna escuela de espiritualidad en particular y por eso pueden hacer fructíferas a todas las espiritualidades surgidas a partir de la vivencia del Evangelio. Ellos son “espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación” (Hb 1,14). Son siervos de Dios puestos a servicio de los hombres.

Por eso decimos que es del interés de los santos Ángeles que el hombre sea santo y que para alcanzar esta finalidad se puede servir de todas las espiritualidades aprobadas por la Iglesia. Ellos le van a prestar toda la ayuda necesaria para que él pueda llegar a cumplir en todo la voluntad de Dios, pues en esto consiste la santidad. Además, el propio Cristo quiso que hubiera este intercambio de bienes y ayuda mutua entre los miembros de su cuerpo místico³.

Los santos Ángeles no solo se contentan con proteger a los hombres en esta vida contra los ataques del demonio, sino que también se esfuerzan por hacerlos progresar en la vida espiritual. La perfección de la vida espiritual asemeja a los hombres a los santos Ángeles, como lo afirma el propio Jesús, refiriéndose a la perfección final del hombre: “En la resurrección... serán como ángeles en el cielo” (Cf. Mt 22,30). Veamos una explicación de estas afirmaciones, hecha por el teólogo Jean Daniélou:

³ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica n. 946-962.

“La vida perfecta es una anticipación de esta [la] transformación escatológica. La vida espiritual reintroduce al alma en la familiaridad paradisíaca de los Ángeles. [...] el papel de los Ángeles es ante todo de preparación, conducen al alma hacia Cristo, pero la dejan sola con Él. Son los amigos del Esposo, que se borran cuando el Esposo está ahí”.⁴

Así como los Padres de la Iglesia, la mayoría de los maestros y de las escuelas de espiritualidad insisten en que el hombre que quiere llegar a la perfección tiene que pasar por un camino que es a la vez *ascético* y *místico*. **Ascético** porque se le propone una subida, una ascensión, que se identifica con el proceso de purificación del alma, al cual llaman *vía purgativa*⁵. Es también un camino **místico** porque el que aspira a la perfección tiene que ser instruido en los caminos de la vida más perfecta; a eso le llaman *vía iluminativa*. Por fin llega el hombre –posiblemente ya aquí en esta tierra– a la unión con Dios, por medio de los dones místicos, concedidos a los que perseveran en el bien y en las gracias recibidas a lo largo del camino espiritual, es la *vía unitiva*. Sigue la explicación de Jean Daniélou:

“[...] Por medio de estas purificaciones y estas iluminaciones, los Ángeles llevan al alma a las cimas de la vida espiritual; al revelarles la bondad de Dios, despiertan en ella una sed más ardiente de estarle unida. Son aquí, en un sentido nuevo, los

⁴ Jean Daniélou, *La Misión de los Ángeles según los Padres de la Iglesia*, 2ª ed., Ed. Paulinas, Buenos Aires, 1998, p. 89 ss.

⁵ Los Santos Padres hablan del “Ángel de la penitencia” que acompaña a los fieles instruyéndolos, reprochándolos y a veces reprendiéndolos con palabras severas. Véase Daniélou, p.83.

amigos del Esposo que conducen al alma a la cámara nupcial donde celebrará su matrimonio místico con el Verbo”.⁶

En manera más o menos intensa todos los fieles cristianos pueden y deben pasar por estos tres pasos de la vida espiritual si quieren llegar a la perfección. Además de toda ayuda concedida por Dios, los santos Ángeles y más aún el Ángel de la Guarda quieren colaborar en este proceso, porque tienen un verdadero interés en que seamos santos y así glorifiquemos a Dios con nuestra vida.

3. Algunos puntos prácticos sobre la colaboración entre Ángel y hombre en lo que se refiere a la vida espiritual

Ya sabemos que los santos Ángeles nos aman y quieren que lleguemos a la perfección asignada por Dios a cada uno de nosotros. ¿Qué estamos dispuestos a hacer para corresponderles? De nuestra parte se requiere más que una simple “colaboración pasiva” en esta obra de crecimiento en la vida espiritual, porque se trata de nuestra salvación, se trata del grado de santidad más o menos elevado que podemos alcanzar en nuestra unión definitiva con Dios. Ya no podemos considerarnos como niños chicos que simplemente se dejan guiar por su Ángel y no ponen nada de su parte. Obviamente, de parte de Dios no nos va a faltar nada

⁶ *Idem*. Según el testimonio de los Padres de la Iglesia, además del “Ángel de la Penitencia” hay también un “Ángel de la Oración” y un “Ángel de la Paz” que acompañan a los fieles, principalmente a los catecúmenos en su preparación para el bautismo y a los bautizados para que no decaigan de la vida de la gracia. Cf. Daniélou, p. 79 y sig.

en este camino espiritual. Y ahí están los santos Ángeles, a nuestro lado, con toda la ayuda que nos quieren prestar.

Ellos tienen interés de que el hombre alcance la salvación y sea un santo, si posible ya aquí en esta vida. Sin embargo, así como Dios, el santo Ángel respeta nuestro libre albedrío. No nos fuerza a hacer nada que no queramos. Él nos ilumina, nos amonesta, nos transmite buenas ideas o también buenos deseos, nos incita a la práctica del bien y a rehuir el mal, nos libra de caer en las trampas del tentador, el padre de la mentira, etc. Los Padres de la Iglesia nos enseñan que el Ángel de la Guarda es como un “pastor”, alguien que está siempre a nuestro lado para guiarnos y mostrarnos el camino más seguro.⁷ Lo que pasa es que no siempre les hacemos caso. Por eso necesitamos acercarnos más a ellos y escuchar su voz con más atención. Y la mejor manera de hacerlo es volverse amigos de ellos. Para tanto debemos cultivar para con ellos una verdadera amistad, una amistad de personas íntimas que se quieren mucho, yo osaría decir una “amistad de enamoramiento”. De hecho, cuando dos personas se quieren mucho buscan estar siempre en presencia uno del otro. De igual manera así también tendría que suceder con nosotros en relación con los Ángeles, especialmente con nuestro Ángel de la Guarda. En su **“Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia”** la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos nos da la siguiente orientación para una auténtica devoción y una buena convivencia con el Ángel de la Guarda:

“La devoción a los Ángeles Custodios da lugar también a un estilo de vida caracterizado por:

⁷ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica n. 336.

- devoto agradecimiento a Dios, que ha puesto al servicio de los hombres espíritus de tan grande santidad y dignidad;
- actitud de compostura y piedad, motivada por la conciencia de estar constantemente en presencia de los santos Ángeles;
- serena confianza, incluso al afrontar situaciones difíciles, porque el Señor guía y asiste al fiel en el camino de la justicia también mediante el ministerio de los Ángeles.” (n. 216).

Ya que los Ángeles son criaturas espirituales y lo más de las veces se manifiestan a nosotros en una manera espiritual, debemos aprender a **silenciar** más, para poder **escuchar** mejor, con los oídos espirituales, sus inspiraciones. Luego, debemos **obedecerles prontamente**, porque nos quieren llevar por el camino más seguro a cumplir la voluntad de Dios.

Para ilustrar un poco más estos pasos, vamos a comentar una oración que se llama “Súplica Ardiente a los Santos Ángeles”, sacada del tesoro espiritual de la Iglesia, más bien: del movimiento espiritual católico llamado “**Obra de los Santos Ángeles**” (Opus Angelorum). A mi ver esta oración nos presenta un verdadero programa de vida espiritual que nos puede acercar más a Dios, si nos dejamos guiar por estos nuestros hermanos mayores.

La oración es bastante larga, pues es un tipo de letanía, en la cual les pedimos a los santos Ángeles que se apresuren a socorrernos. Básicamente se compone de tres partes: **la primera parte** es como un acto de adoración y alabanza a Dios, que se concluye con un pedido a la Virgen Santísima, Reina de los Ángeles, de presentar nuestros ruegos al Altísimo; **la segunda parte** constituye como la parte principal en la cual pedimos insistentemente a los santos Ángeles que vengán en nuestro auxilio, invocando para eso, por ejemplo, el Nombre de Jesús,

su Preciosísima Sangre, sus Llagas, la misericordia de Dios, el nombre de María, etc.; **la tercera parte** nos presenta una oración a cada uno de los tres santos Arcángeles (Miguel, Gabriel y Rafael) y concluye con varios pedidos a los santos Ángeles en general.

La que más nos interesa es la tercera parte, por medio de la cual somos llamados a una conversión de vida, a aplicar los principios de la vida espiritual a nuestra naturaleza humana decaída y perezosa, mas que también nos presentan razones suficientes para continuar en el camino de nuestra perfección espiritual. Aquí está el texto de la tercera parte de la “Súplica Ardiente a los Santos Ángeles”:

“Arcángel San Miguel, Príncipe de los Ejércitos Celestiales, vencedor del dragón infernal, recibiste de Dios la fuerza y el poder para aniquilar, por la *humildad*, la soberbia del príncipe de las tinieblas. Te suplicamos insistentemente nos alcances la *verdadera humildad de corazón*, la *fidelidad* inquebrantable para cumplir siempre la voluntad de Dios y *fortaleza* en el sufrimiento y en la prueba.

Socórrenos para no desfallecer ante el trono de la justicia de Dios.

Arcángel San Gabriel, Ángel de la Encarnación, *fiel mensajero* de Dios, *abre nuestros oídos* para que estén *atentos* a las más leves advertencias y toques del Corazón de Nuestro Señor. *Permanece siempre junto a nosotros*, te suplicamos, para que *comprendamos* debidamente la Palabra de Dios, la *sigamos* y *obedezcamos* y *cumplamos dócilmente* aquello que Dios quiere de nosotros. Haz que *estemos siempre disponibles* y *vigilantes* para que el Señor, cuando llegue, no nos encuentre dormidos.

Arcángel San Rafael, tú que eres lanza y bálsamo del *Amor de Dios, hiere*, te suplicamos, nuestro corazón con el Amor ardiente de Dios. Deja que nunca sane esta herida, para que *perseveremos* cada día en el *camino de la caridad* y que *todo vencemos por el amor*.

¡Ayudadnos, santos y poderosos hermanos, siervos ante Dios! *Defendednos de nosotros mismos*, de nuestra *cobardía y tibieza*, de nuestro *egoísmo y ambición*, de nuestra *envidia y desconfianza*, de nuestras *ansias de riqueza, bienestar y fama*. *Desatadnos de las cadenas del pecado* y del *apego a las cosas temporales*. *Quitadnos las vendas de los ojos*, que nosotros mismos nos pusimos, para no tener que ver *las necesidades de nuestro alrededor* y poder así tranquilamente, *ocuparnos y compadecernos de nosotros mismos*. Traspasad nuestro corazón con *la santa ansiedad de Dios*, para que no dejemos de *buscarlo con ardor, contrición y amor*. Contemplad la Sangre del Señor derramada por nuestra causa. Contemplad las lágrimas de vuestra Reina derramadas por nuestra causa. Contemplad en nosotros la imagen de Dios, desfigurada por nuestros pecados, que Él por amor imprimió en nuestra alma. *Ayudadnos a conocer, adorar, amar y servir a Dios*. Ayudadnos en el *combate contra el poder de las tinieblas que sutilmente nos rodea y acecha*. Ayudadnos para que *ninguno se pierda y un día estemos reunidos en la eterna bienaventuranza!* Amén.”

Estoy convencido de que cada uno que rece esta oración con verdadero deseo de alcanzar la santidad va a recibir la ayuda que necesita, con tal de que cumpla con los hechos todo lo que

proclama con los labios. Como vemos, las exigencias que nos plantea esta oración son muy altas. ¿Quién es capaz de vencer su cobardía, su tibieza, su egoísmo, su ambición y todos los demás vicios e imperfecciones si no es con la ayuda de la gracia de Dios? ¿Quién es capaz de practicar perfectamente la humildad, el silencio, el amor, la fidelidad? ¿Quién es capaz de conocer, adorar, amar y servir a Dios de modo perfecto? Dios ya nos concedió todo lo que necesitamos para nuestro camino de perfección si permanecemos en el seno de la Iglesia. Ahora nos pide que nos unamos más a los santos Ángeles en esta tarea, porque ellos nos son dados como compañeros, amigos íntimos y hermanos mayores. Ellos saben mejor que nosotros cual es Su voluntad y cómo ponerla en la práctica. Según el propio Jesús “hay alegría entre los Ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte” (Lc 15,10).

Como última observación, hay que recordar que nuestra vida entera tiene que estar orientada hacia Dios, como lo hacen los mismos santos Ángeles. De esto tenemos algunos testimonios en la Sagrada Escritura, como por ejemplo en el Evangelio de San Mateo, cuando nos dice Jesús: “Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que sus Ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos” (18,10). De igual manera, también nosotros debemos tener fija la mirada en Dios nuestro Creador, en Jesús nuestro Redentor y en el Espíritu de Amor, nuestro Santificador. A Dios sea la gloria, ahora y para siempre. Amén.

Santo, Santo, Santo

Es el Señor Dios del universo.

Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria.

Hosanna en las alturas.

Bendito el que viene en nombre del Señor.